

EDITORIAL

Se acerca 1987 a su final. Nos encontramos, una vez más, ante la conmemoración del hecho más trascendente en la historia de la humanidad: la llegada del Niño Dios. Como siempre en estas fechas, flota en el ambiente algo entrañable que produce en nuestro ánimo una sensación especialmente placentera de alegría íntima, sosegada y un poco nostálgica. Junto al placer sencillo de las reuniones familiares cabe el portal o bajo el árbol para rememorar hechos pasados, para revivir pasadas experiencias y para olvidar, siquiera por unas horas, tantas preocupaciones, tantos sufrimientos y carencias, tenemos la sensación, la conciencia de que, al arrancar la última hoja de nuestro almanaque, ponemos punto final a una etapa más de nuestra vida; nos damos cuenta, claramente, de que algo importante se ha ido sin posible retorno.

En cualquier caso, la Navidad llega. Y llega con su alegría y con su mensaje admirable, magnífico, año tras año repetido y, sin embargo, siempre nuevo. A él queremos sumarnos para, con todas nuestras fuerzas gritar:

«...Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.»

Santos MARTINEZ-CONDE
Presidente